

# ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

## TESTIMONIO, GRATITUD Y HOMENAJE

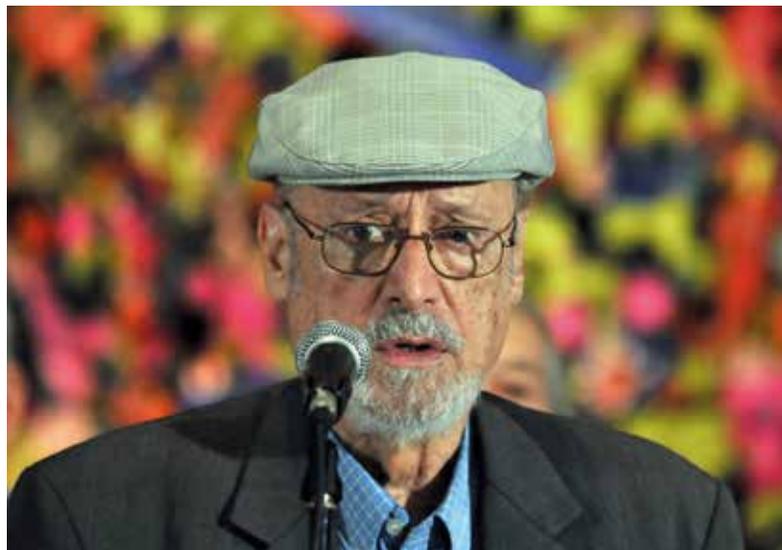
Marlene Vázquez Pérez

**No** voy a hablar hoy del profesor, que cautivó a sus alumnos de la escuela de Letras de la Universidad de La Habana, con su sabiduría, distinción, elegancia y sencillez, cualidades que no siempre van de la mano en la misma persona. No voy a hablar del poeta, hondamente sensible, lírico, épico, pero también coloquial y cercano, como el gran conversador que siempre fue; ni del ensayista, que nos reveló a Nuestra América de una manera original, honrando el magisterio de los padres fundadores. Otras voces relevantes se referirán a ese quehacer, ya devenido impronta definitiva en la cultura cubana de los siglos XX y XXI.

Prefiero referirme a ese intelectual de altos quilates, que sin sospecharlo, sin habérselo propuesto conscientemente, podía llegar al público más diverso, y cambiarle el destino a la gente, porque era, sobre todas las cosas, un extraordinario ser humano. Y no lo contaré de oídas, hablaré a partir de mi propia experiencia. La experiencia de una niña campesina, que para cursar el sexto grado vivió un año en casa de su tía María Luisa, en Jovellanos, Matanzas, porque en la escuelita rural “René Fraga Moreno”, a la que asistió hasta entonces, solo se llegaba al quinto.

Aunque no se trataba de una ciudad ni mucho menos, comparada con la finca del abuelo, Jovellanos era una ventana abierta al mundo, donde había electricidad, televisión y mayores posibilidades de lecturas, pues la exigua biblioteca de la otra escuela —apenas un pequeño estante que no rebasaba la veintena de volúmenes—, no era comparable con la escuela “Granma”, ni tampoco con la Biblioteca municipal. Además, los maestros, al advertir mi pasión por los libros, me regalaron al final del curso *Páginas escogidas*, de José Martí, con selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar.

Esos dos pequeños volúmenes me han acompañado hasta hoy. Entonces me pusieron en las manos por primera vez textos fundamentales, como los *Versos sencillos*, o varios cuentos de *La Edad de Oro*, o “Los zapaticos de rosa”, o muestras inolvidables de su epistolario, como cartas a su hermana Amelia, o a María Mantilla. También páginas mucho más complejas que entendí después, cuando ya era estudiante universitaria, como los prólogos a sus poemarios, o piezas maestras de *Versos Libres*, o su



obituario a Julián del Casal, o sus retratos biográficos de Emerson y Whitman, y muchos otros...

Todavía hoy, cuando aprisa trato de localizar algún fragmento, vuelvo a ellos, aunque el lustre de la novedad se haya perdido por el transcurrir de años y páginas. Durante mi etapa como profesora solía llevarlos al aula, y compartir de viva voz con los alumnos algunos de esos textos, pues el formato pequeño los hacía maniables y sobre todo, porque les tenía cariño. A veces me enternece la letra, ora enérgica, ora fluida, de la estudiante que fui otrora, de la docente que fui luego, en las notas al margen, ya amarillentas, donde la tinta, antes azul, va tornándose verdosa.

El modo en que me marcó esta selección tan personal que realizara Fernández Retamar es algo que agradezco a plenitud. Indudablemente, de esa época tan temprana de mi vida datan mi elección por las humanidades y mi vocación martiana. También mi preferencia por las semblanzas biográficas, pues nadie que haya leído a temprana edad esos textos concentradores del carácter y la obra de sus protagonistas, los olvida luego.

En esas páginas descubrí deslumbrada la magnífica crónica de Martí sobre los impresionistas franceses, poco antes de estudiar a los fundadores de ese modo de hacer en las clases de Historia del Arte, en el segundo año de la carrera. Esa prosa sorprendente, transida de poesía, de sentido ético, donde se transponen de manera fructífera el color, el



movimiento y el tropo, fue el preámbulo que me hizo admirar las creaciones de estos pintores sin haberlas contemplado por primera vez. Luego, claro está, vino la alegría de confirmar con la vista lo que la palabra llevó al intelecto, y viceversa.

La selección era de lujo, no solo por la inteligente sugerencia de lecturas, o el prólogo ilustrativo y fluido, devenido ensayo autónomo luego,<sup>1</sup> que informaba en prosa amena, al tiempo que situaba las coordenadas vitales, la producción literaria y la ideología del más universal de los latinoamericanos en el contexto de su tiempo y del nuestro. La cubierta, de Raúl Martínez, es una recreación de las constantes pictóricas en torno al Maestro en la obra de este gran artista cubano, y añade el atractivo visual al contenido de gran valía. Cuando salió a la luz, en su tercera edición de 1974, que es la mía, hacía mucho que Retamar era figura mayor en las letras continentales y una de las voces más autorizadas en la exégesis martiana. Cuatro años después asumió la dirección del Centro de Estudios Martianos, lo cual significaba una responsabilidad mayor, pero también un reconocimiento a los méritos intelectuales con que ya contaba y a su devoción por el legado del prócer. Fueron sus años iniciales en el Centro los que diseñaron las bases de la institución, creada el 19 de julio de 1977, y abrieron una senda de rigor investigativo y promoción de esos resultados y de la propia obra de Martí, cuyos frutos se han ido consolidando durante más de cuatro décadas.

Al asumir la presidencia de la Casa de las Américas, no se desligó jamás del Centro. Aceptaba gustoso cada invitación que se le hacía, y siempre halló tiempo para atender a nuestros especialistas, ya se tratara de la oponencia a una tesis de doctorado, como fue mi caso, de un trabajo que debía ser aprobado en el Consejo científico, o conceder una entrevista a jóvenes recién incorporados a la institución, devenidos

<sup>1</sup> Me refiero a “Martí en su (tercer) mundo”. Véase Roberto Fernández Retamar, *Introducción a José Martí*, CIALC-UNAM, México, 2018, pp. 17-115.

realizadores ocasionales, para el documental *América Nuestra*, con motivo de los 120 años del emblemático ensayo martiano. Más de una vez abrió un espacio en la Casa para actividades nuestras, y recuerdo especialmente sus palabras en la presentación del *Anuario 36*, el 25 de febrero de 2014, efectuada en la Sala “Manuel Galich.”

Por eso hoy, al rememorar esta zona de su obra, quizás menos estimada si se la compara con otros estudios suyos, como su *Introducción a José Martí*, me siento doblemente comprometida con ese intelectual extraordinario, cubanísimo y cosmopolita, al que admiré de lejos, con timidez provinciana, la mayor parte de mi vida, y al que tuve el privilegio de tratar más cercanamente casi al final de la suya. Y de esta época me quedan constancias de su sabiduría y grandeza, de su sencillez sin falsa modestia, siempre presto a elogiar la obra ajena, aun cuando se tratase de alguien que apenas rebasara la condición del principiante, o en el mejor de los casos, la de alumno suyo. También de su generosidad y buen humor, pícaro a veces, risueño y afable, y del encanto de su conversación.

Hoy, al encontrarme en la misma responsabilidad que desempeñó el Dr. Roberto Fernández Retamar durante siete años, y repasar mi deuda de gratitud para con su labor de indagación y difusión del legado martiano, se acendra mi lealtad a ese maestro de la intelectualidad cubana. Ahora es mayor el compromiso de ser fiel al ejemplo de quien sigue teniendo mucho que decirnos a todos los martianos. Su palabra y pensamiento permanecen hoy vivos, acompañando con frescura y vigor a cada cubano patriota. Sirva este modesto recuerdo como homenaje sincero en sus natales. ☞

---

**Marlene Vázquez Pérez** (Matanzas, 1963). Investigadora cubana, profesora y ensayista, doctora en Ciencias Literarias. Fue coordinadora académica del *Anuario* del Centro de Estudios Martianos. Entre sus libros destacan *Martí y Carpentier: de la fábula a la historia* (Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2004) y *La vigilia perpetua. Martí en Nueva York* (Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010). Artículos suyos han aparecido en revistas de Cuba y el extranjero. Es actualmente Directora del Centro de Estudios Martianos.